

restablecer la unidad colombiana. Envanecido y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. « No debo excusarme de contribuir, » contestó á los revolucionarios, en cuanto dependa de mis facultades al restablecimiento del orden, á la reconciliación de los hermanos enemigos, y á recuperar la integridad nacional. » Para lograr tan vastos fines, ofrezco á la patria todos los sacrificios de que soy capaz. Desde luego me pondré en marcha para la capital á reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes del país y las autoridades legalmente constituidas » (5).

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo á la guerra intestina de Nueva Granada, y á la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser (6), lo llevaba fatalmente, ó á subir de nuevo al poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, ó á ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados (7). Agravada su enfermedad, se retiró á Santa Marta, buscando las brisas vivificantes

(5) Ofi. de Bolívar al general Urdaneta, encargado del poder ejecutivo revolucionario, de 18 de setiembre de 1830, en Cartagena. — Véase Montenegro : « Geografía », etc., t. IV, pág. 526 y sig.)

(6) « Bolívar jamás quiso la monarquía, á pesar de que amaba el poder vitalicio y el mando sin estar sujeto á las leyes ». (Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 416.)

(7) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 241, dice : « Las autoridades civiles (bajo la administración de Bolívar, de que el mismo historiador Restrepo era ministro) eran nulas y estaban envilecidas á la vista de los pueblos, que deploraban la tiranía y los excesos de los libertadores. Hizose entonces muy popular el dicho de que : *no habria libertad mientras hubiese libertadores*. Éstos, infatuados por un necio orgullo, creían que ellos solos habían dado independencia á la república; en nada estimaban los sacrificios de los pueblos y parece estaban persuadidos que Colombia debía ser patrimonio suyo. » Atribuíanlo en su mayor parte á Bolívar. Perdió, pues, el Libertador el aura popular ».

de la mar. Trasladado á la quinta de San Pedro de Alejandría, á 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictada por él, que fué leída al tiempo de recibir la eucaristía : — « Mis votos son por la felicidad de mi patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro ». El Libertador que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca : « Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero los perdono ! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos ». Fueron las últimas palabras acordadas que de él se recuerdan (8). En seguida empezó el delirio precursor de la muerte. Expiró el 17 de diciembre de 1831 á la una de la tarde, á la edad de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinte y tres días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presencié más tarde su apoteosis póstuma.

IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fué atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su hija, y

(8) Generalmente se dan como postreras palabras pronunciadas por Bolívar, las que corresponden al final de su última alocución á los colombianos, antes transcritas. Las que pronunció realmente, fueron las que se consignan en el texto, tomadas de la relación de su muerte, escrita por el médico francés que lo asistió en Santa Marta durante su enfermedad, que fué el Dr. Reverend, y que se registra en « Docs. para la hist. de la vida del Libertador », t. XIV, núm. 4558. — La alocución á que se hace referencia se encuentra en la misma obra, bajo el núm. 4553.

sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el congreso argentino por la victoria de Maipu. Su destino, según sus propias palabras, era ir á morir en un hospital. Un antiguo compañero de armas suyo en la guerra de la península, un español, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, á orillas del Sena, á inmediaciones del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban á París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, que él mismo cultivaba, vivió largos años triste y concentrado, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso á veces de la ingratitud de los hombres y deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar de sus destinos. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, y fué cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y el honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-1849), manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de criollo despertaban. Consecuente con este modo de ver, legó al tirano de su patria: « el sable que me ha » acompañado en toda la guerra de la independencia de la » América del Sud, — son las palabras de su testamento, — » como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que el General Rosas ha sostenido » el honor de la República contra las injustas pretensiones de » los extranjeros que trataban de humillarla ». En presencia de la muerte como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que fué la pasión de su vida, á la que sacrificaba todo, no obstante



MONUMENTO DE SAN MARTÍN

ERIGIDO EN HONRA DE SU MEMORIA EN LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

Escultura de J. López-Beltrán

sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el Congreso argentino por la victoria de Maipu. Su destino, según sus propias palabras, era ir á morir en un hospital. Un antiguo carpintero de apellido suyo en la guerra de la península, un espartaco, el epulento doctor Aguirre, vino en su auxilio y lo salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, á orillas del Sena, á inmediaciones de París, según tradición, plantaron los soldados de San Martín que allí vivió á París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, él mismo cultivaba, vivió largos años tranquilo y concienzudo, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso á veces de la ingratitud de los hombres, deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar jamás. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, fue cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y el honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-47) manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de ericte despertaban. Consecuente con el deber de ser, legó al tirano de su patria: « el sabio que me acompañó en toda la guerra de la independencia de la América del Sud. — son las palabras de su testamento, como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que el General Rosas ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla ». En presencia de la muerte como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que el fin de su vida, á la que sacrificaba todo, no obstante



MONUMENTO DE SAN MARTÍN

ERIGIDO EN HONOR Á SU MEMORIA EN LA CATEDRAL DE BUENOS-AYRES

Escultura de Carrier-Belleuse

condenar los actos crueles del tirano á quien honraba más allá de sus días (9). No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir á su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que le rodean.

Al fin llegó el término de su trabajada existencia. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó á tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura, — otra de sus pasiones, — su alma se sumergió en la oscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitations de su gran corazón. Trasladóse á Boulogne-sur-Mer, en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes de la mar, y allí tuvo la conciencia de su próximo fin. El 13 de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Llevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, á su hija que le acompañaba como una Antígona: *C'est l'orage qui mène au port!* (10). El 17 de

(9) En el « Diario de viaje » del doctor Florencio Varela, el representante de pensamiento más señalado de los enemigos de la tiranía de Rosas, se encuentra una página interesante relativa á la visita que hizo á San Martín en Grand Bourg el domingo 7 de abril de 1844. Después de relatar su conversación con él sobre asuntos históricos, dice: « Durante la comida, el General me habló mucho de Buenos Aires. Á los postres el joven Balcarce le dijo: — Padre, si usted quiere, beberemos por la satisfacción de tener entre nosotros al Sr. Varela y por el próspero regreso á su familia. — Como el general, á cuya derecha me hallaba, me dijera algún cumplimiento al tiempo de beber, yo le dije: que moriría más contento después de haber conocido al hombre á quien más triunfos debe nuestra patria. El general, después de beber, dijo, materialmente llorando: — ¡Bárbaros! ¡No saciarse en quince años de perseguir á los hombres de bien! »

(10) Es la tempestad que lleva al puerto.

agosto de 1850, empezó su agonía. « Esta es la fatiga de la muerte », exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, á las tres de la tarde, á la edad de setenta y dos años y seis meses, para renacer á la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La nación argentina unida y constituida según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, y le erigió su monumento fúnebre en la catedral de su metrópoli como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho, que en el orden definitivo de las cosas, el triunfo final de los principios elementales de la revolución sud-americana, corresponde á San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden á su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental que constituye la vida futura. De estos dos elementos, surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta ó como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional é internacional, ha muerto con él,

y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sud se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sud-americana, como queda indicado, está representada durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías político-militares: la argentina primero, que asume el carácter de chileno-argentino-peruana después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar á Chile, impuso á su general por regla de conducta, infundir á los pueblos libertados por sus armas que « ninguna idea de opresión ó conquista, ni intento de » conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera » de su territorio, y que la consolidación de la independencia » y la gloria de las Provincias Unidas del Sud, eran los únicos » móviles á que debía atribuirse el impulso de la campaña » (véase cap. XIII, § VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, á fin de garantizar la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo á un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios destinos, y determinar así la regla según la cual